



EL DESENLACE DE LA GUERRA

La Guerra ha terminado en Europa con el triunfo aplastante de las llamadas Democracias. Este es un hecho. Otro hecho es también, que Alemania que logró sus grandes victorias militares de los primeros años, gracias a un poderío material abrumador, fué vencida con un poderío, más abrumador aún, de las Democracias que hicieron tiempo para movilizar sus grandes e inigualables recursos. La célebre afirmación napoleónica de que el oro gana las guerras no fué desmentida tampoco esta vez.

Bajo cierto aspecto y en una consideración excesivamente providencialista de la Historia, podría pensarse que no es de lamentar que el denominado, con fanático odio, "nazifascismo" haya sido derrotado. Porque aun cuando es verdad que estuviera impulsado por una poderosa dinámica de liquidar los mentirosos mitos humanitaristas, a cuyo amparo podían impunemente ejercer su oprobioso imperialismo las fuerzas del Dinero, no está también reñido con la verdad pensar que vencerraba una fuerza expansiva tremendamente pagana, difícil de ser purificada y cristianizada en la victoria.

Pero cualquiera sea el valor de esta consideración hipotética, lo cierto es que, en este momento, la suerte del mundo queda a merced de la dominación totalitaria de aquellas mismas fuerzas —las del Dinero y del Resentimiento— que desde hace trescientos años vienen perdiendo a Europa. Porque esas dos fuerzas vienen desgarrando el ser de Europa con divisiones religiosas, económicas y políticas. Y son las potencias

anti-europeas, esencialmente disgregadoras, como Inglaterra, Estados Unidos y Rusia, que desde la paz de Westfalia, luego del Congreso de Viena y del Tratado de Versalles, a base del Dinero que financia intrigas y azuza resentimientos, las que han destruído la unidad vital de la Europa ecuménica y católica. Mal pueden entonces imponer la paz aquellas naciones que siembran la guerra.

Aquí, en este punto, se plantea la terrible crisis que deriva de la reciente victoria militar. Han triunfado, precisamente, las naciones tras las cuales se escudan las fuerzas internacionales, disgregadoras de la unidad de Europa, y del orbe. Y este triunfo ha puesto en sus manos los fantásticos recursos técnico-psicológicos que permiten hoy, a una minoría estratégicamente colocada, dirigir y regular la vida de todos los individuos humanos, en cada una de las naciones de los cinco continentes.

Pero, sin dejarnos guiar por un criterio tan realista, aún suponiendo benévolamente que naciones, como Inglaterra, Estados Unidos y Rusia que enarbolan mitos de "Paz y Seguridad" internacional estuvieran dispuestas a deponer sus instintos, bien propuestos, de impericilismo totalitario, asiáticos en la una, hipócritas y "evangélicos" en las otras, nos preguntamos, ¿qué soluciones de convivencia humana, reales, pueden ofrecer a los cansados, descreídos y desgarrados pueblos europeos? ¿Acaso un orden "poli-

cial" de "perfecta seguridad", como el que ha sido elaborado en Dumbarton Oaks y que espera ser sancionado en San Francisco? ¿Y qué es este plan de "perfecta seguridad" sino un sistema de esclavitud internacional, en manos de unos contados años omnipotentes? De suerte que después de haber disgregado los órganos vitales de la unidad de Europa se pretende, en una última etapa, reducirla a serriedumbre, convirtiendo aquella que fué maravillosa unidad de vida, en un dócil mecanismo de seguridad.

El análisis del proceso histórico de Europa en los últimos trescientos años y la comprobación de la índole de las naciones que acaban de reportar una aplastante victoria sobre Europa, no puede menos de acongojarnos al pensar en los días sombríos que, al amparo mentiroso de Libertad y Democracia, se ciernen sobre los pueblos, otrora libres y grandes.

En esta hora —"ésta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas" (San Lucas, XXII, 53)— sólo una esperanza nos alienta y es que los enemigos no se hayan puesto de acuerdo todavía para consumir el plan total y es, sobre todo, que aún esté sólidamente en pie "aquella doctrina de Cristo, de la que es depositaria y maestra la cátedra de Pedro; que un tiempo diera cohesión espiritual a Europa, que, educada, ennoblecida y civilizada por la Cruz, llegó a tal grado de progreso civil, que se hizo maestra de otros pueblos y de otros continentes" (Pío XII).

NUESTRO TIEMPO



NUESTRO TIEMPO: El desenlace de la guerra. Muertes paralelas. — JULIO MEINVIELLE: La Civilización y la maternidad de la Iglesia. — MAXIMO ETCHECOPAR: Ideología y realidad en la Historia Argentina. — JOSÉ MARIA DE ESTRADA: Sobre la paz. — SANTIAGO DE

ESTRADA: En la Ascensión del Señor. — J. M.: Libertad. — M. L.: Salvado por el gozo. — SANSOYO: Vida y milagros. — LA REDONDEZ DE LA TIERRA. — JUAN A. BALLESTER PESA y FRANCISCO FORNIELES: Dibujos y viñetas.

MUERTES PARALELAS

No vamos a hablar de unas vidas sino de dos muertes paralelas. Mussolini y Hitler llenan tanto la perspectiva de lo hasta aquí contemporáneo que todo ensayo biográfico de primera intención, quedaría corto.

Nosotros, además, ante el espectáculo de estas vidas que han cubierto el teatro del mundo, nos sentimos coludidos para lanzar a tambor batiente, y cuando todavía caldea la sangre derramada, nada que se parezca a un balance final.

El homenaje inmediato, y el más humano, que se debe a la grandeza caída es el de desentendimiento en silencio para meditar largamente sobre su sentido y su destino.

Pero ahí están, en medio del gran desastre muertos, a merced de la leyenda negra y sus fomas entregadas al estúpido asombro universal. Los altavoces monstruos de sus enemigos, instalados de Oriente a Occidente, habean propaganda, difunden la difamación. Aunque, sí, esto es cierto: cada uno ha muerto en su ley, de muertes que proclaman el intenso ritmo de sus días.

Hitler rodeado siempre, rodeado de conmovedora lealtad, al amparo de la nación que no cesó la lucha hasta no dejar protegida la muerte e invita la memoria del hombre que tanto creyó en su pueblo.

Mussolini, vendido por los suyos, dando espalda al odio, sin Italia, sólo; ultimado por la mejor canalla de Europa, por el hajo fondo rojo con el aplauso de los defensores de la persona humana que no toleraron nunca su personalidad; escarnecido por el delito de llevar la patria a cuevas a fuerza de genio, esa Italia que, al fin, lo doblegó.

Este cobarde asentimiento general con que se ha homologado el asesinato del Duce después de la mayor incitación al odio que registra la historia, mancha, más allá de la posteridad, la conciencia contemporánea y degrada la victoria militar porque muestra que ha sido obtenida contra la nobleza, contra la sensibilidad, contra el espíritu, contra la justicia, contra la cultura, contra todos los valores por cuya vigencia merece existir la civilización.

NUESTRO TIEMPO

SOBRE LA PAZ

Dice Dante en el *De Monarchia* que "la paz universal es el mejor de todos los medios ordenados a nuestra felicidad". De ello puede deducirse que el fin de la acción del Príncipe, es decir del Poder, consiste en lograr la paz para los gobernados. Se trata sin duda de conseguir una paz en la medida de lo posible según el estado caído de la naturaleza humana, de tal manera que resulte más como una aspiración que como algo efectivamente realizable. Digamos pues para ser claros que la paz es entendiendo una aspiración, cuyo logro demanda un esfuerzo, una lucha, una superación sobre lo que es degradador de la unidad de la sociedad humana.

Respecto de la *unidad*, diremos que esta es, sin duda, el fundamento de la solidaridad, pero de una solidaridad que suponga "la idea de que la unidad vital es algo simple, anterior a las partes inherentes a ella, aunque con distinta intensidad (Max Scheler). La paz no puede realizarse sino sobre la base de una total solidaridad, es decir donde se acepte una cierta unidad vital incontestable, que sea fuente de vida para todas y última instancia para cualquier problema. La paz entre los hombres debe ser la expresión de una solidaridad de esa naturaleza. Ahora bien, como la unidad del todo es una unidad orgánica, en donde las partes ocupan lugares diversos, la solidaridad debe ser tal que "los distintos individuos, pueblos, razas, etc., sean en distinto grado y medida solidarios con el todo" (*ibidem*). De ahí pues, que quede siempre pendiente una posibilidad de lucha entre las partes de ese todo respecto del lugar que cada una se cree con dere-



cho a ocupar. Se trataría de una lucha en cierto modo casi legítima, una lucha de *emulación*, pero en la cual nunca habría de ponerse en tela de juicio la razón de la unidad vital misma. Ese sería, por ejemplo, el caso de las luchas por la hegemonía entre diversos pueblos de una misma civilización, como se nos ocurre deben haber sido las que a menudo sostuvieron las ciudades griegas entre sí, ya que esas pequeñas comunidades no pretendían destruir la unidad vital en la que se apoyaba la concepción del mundo de todos los griegos. Así también cuando posteriormente luchaban los príncipes cristianos entre sí, el tono de estas luchas cambiaba fundamentalmente según se tratara de guerras por meros motivos políticos o familiares, o según fuera por razones de orden religioso, como las que sostuvieron entre ellos mismos cuando el advenimiento de las herejías, o las que todos emprendieron contra el Turco. En estos últimos casos se trataba de sostener, salvar o ampliar el ámbito de la unidad vital de la civilización cristiana frente a quienes la ponían en tela de juicio o deseaban aniquilarla.

Pueden darse, sin embargo, entre pueblos o grupos de hombres que se encuentren solidarios en distintas unidades vitales, situaciones que permitan convenios momentáneos de no interferencia mutua, con objeto de mantener cierto *status* de paz. No obstante, la aspiración universal de la unidad vital es de tal índole que fatalmente esos *status* resultan precarios. Además, por otra parte, con respecto a esos *status* de paz entre comunidades vitalmente diferentes, no podrían realizarse nunca —salvo que fueran el resultado de una imposición— si no es sobre la base de una mutua aceptación de principios que no repugnan a ninguna de las partes, de modo que no se mengüe la esencia de las respectivas unidades vitales. En efecto, esos *status* de paz tienen por fin permitir el desenvolvimiento libre de la vida de las partes, por lo tanto si se les realiza sobre la base de cercenar alguno de los elementos esenciales en que se fundamenta la vida de alguna de ellas, lógicamente la parte afectada no puede aceptarlo, ya que sería aceptar la muerte de sí misma. Si la paz entre las naciones tiene por objeto asegurar la vida de éstas, es absurdo que resuelvan aniquilarse por semejante paz.

Ahora bien, es un hecho que la Revelación ha traído una nueva vida. "Yo he venido para que tengan vida y vida sobrealabundante" (Juan, XI). Una nueva vida penetra totalmente el cuerpo de la solidaridad humana, sin que quede lugar alguno que se le pueda sustraer. Así, los grupos humanos que de hecho se hayan cerrado a esos ríos de vida, con plena conciencia o sin ella, o los que se han apartado voluntariamente de los beneficios que tal vida procura, no pueden en modo alguno huir del problema que ella les presenta, ni tampoco dejar de poseer la ubicación que tal hecho objetivamente les otorga dentro del orden universal. Pero, si dejamos de lado la consideración de esta profunda verdad y atendemos sólo al hecho

visible, o digamos más bien, al fenómeno, sin considerar la razón del mismo, sino simplemente su existencia en el mundo y en el tiempo, podemos afirmar por lo menos que quienes han recibido voluntariamente y con plena conciencia esa nueva vida de que nos habla el Evangelio, se hacen solidarios en la unidad vital que ella importa, y por lo tanto, con respecto a lo dicho más arriba, no pueden obrar, ni pactar, ni hacer plan ninguno fuera del modo que impone la unidad vital aceptada. En ese sentido pues, no cabe la posibilidad de una convivencia pacífica dentro de los grupos humanos que han aceptado esa nueva vida, si no es mediante la solidaridad en la unidad vital que es anterior a los mismos individuos, y de igual manera, no cabe entendimiento de tales grupos humanos con otras comunidades vitalmente distintas sino media el compromiso por parte de éstas de respetar a aquéllas en lo que tienen de esencial, es decir, en su propia unidad vital. Nunca podrían aceptar los grupos humanos vivificados por el Evangelio una solidaridad fundada en principios que pretendan superponerse a los que les son propios; nunca podrían venecer una fuente de vida superior a la que surge de quien dijo "Yo soy la Verdad y la Vida". Sólo sería posible entonces, con respecto de aquellas comunidades humanas que no aceptan o no conocen esa fuente de vida, relaciones de convivencia laterales que no contradigan ni impidan la expansión de la vida cristiana.

La auténtica aspiración de los hombres a la



EN LA ASCENSION

El Eterno Rey Altísimo, el inclito Redentor de los hombres, sube sobre lo más alto de los Cielos y abre las puertas del Paraíso para los fieles que en la Tierra no han rechazado su Nombre. Jesús, Dios Creador de todas las cosas; Jesús, nuestro hermano, vencedor de la Muerte, lleva consigo a la pobre humanidad que vacía cautiva en medio de las sombras adonde la arrastrara el Pecado. Jesús, Rey Altísimo, ascende al Padre; Padre de El y Padre nuestro; Dios de El y Dios nuestro; Dios, El mismo, y nosotros siervos suyos.

"Yo soy el Camino", dijo el Señor; y he aquí el punto de llegada: a la diestra del Padre son abriendo los deserrados hijos de Eva. ¡Qué importa ya el Edén perdido! ¿Porqué pensar en terrenos paraísos?... Pero ved cómo los insensatos se agitan por vanos espejismos. Creen que con sus mezquinas fuerzas podrán fabricar un reino dorado al que se llegue entre deleites, sin necesidad de pasar por el aprobo de la Cruz, la vergüenza del Calvario y la humillación de la Muerte: un mundo que pueda ser gozado aquí y ahora, en medio del desborde sensual de las pasiones. Sueñan con una vida regalada y fácil, olvidando que desde la Caída, el Señor, "delante del Paraíso puso Querubines, y espada que irroja llamas".

No, no quiso el Señor devolvernos aquí y ahora



LIBERTAD

¿Estamos nosotros contra la libertad? No. No lo estamos. Estamos *si* contra la glorificación de la libertad, como si ella fuese el bien supremo del hombre. Sostenemos que la vida del hombre, tanto individual como social, ha de estructurarse alrededor de la *virtud* y no de la *libertad*. El hombre ha sido creado para la virtud y no para la libertad. La libertad es medio, no fin.

Toda libertad es legítima en la medida en que conduce al hombre a la virtud. Y en esa misma medida tiene derecho y obligación el hombre de reclamar las justas libertades. Y los pueblos deben reclamar también las justas libertades.

Por esto mismo, nosotros que repudiamos una concepción de la vida en torno de la libertad, como si fuese el bien supremo del hombre, —advirtase no una concepción de la vida sin la libertad— hemos defendido siempre el derecho del hombre, tanto individual y social, a las justas libertades.

Por esto, hemos atacado sin piedad los atropellos de las justas libertades perpetradas por un gobierno inconsciente o tiránico. Por esto también, hemos condenado con toda nuestra fuerza los atropellos cometidos, en el orden internacional, por naciones que validas de su poderío material, han avasallado las justas libertades de los pueblos débiles.

Los admiradores de la Libertad, en cambio, no sólo no han sabido defender los derechos intangibles de la soberanía argentina cuando ella era amenazada, sino que la han traicionado deliberadamente.

Es que, en realidad, el error se da de mano con la hipocresía y con la traición.

J. M.

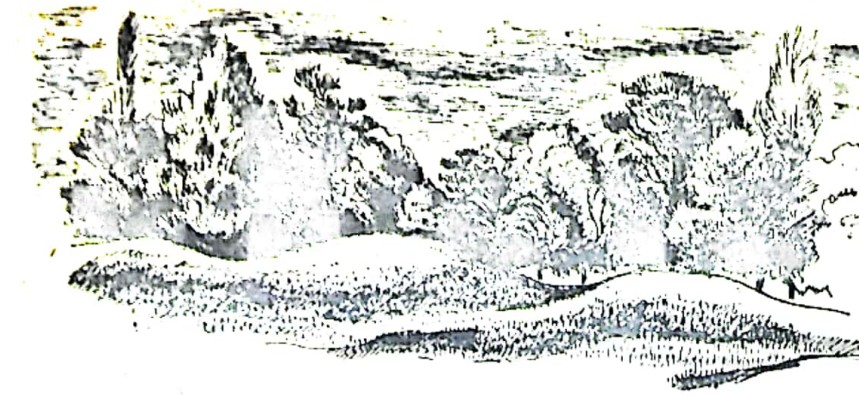
SALVADO POR EL GONG

En el número de la revista "Time" de fecha 30 de abril ppdo. aparece en la página 22 un artículo relativo a la Argentina, bajo el título de "Pesadumbre en Buenos Aires". Más abajo, con el subtítulo de "Salvado por el gong", se hace referencia a nuestra situación política interna y a las últimas medidas adoptadas por el gobierno en el orden internacional. Por último se expresa lo siguiente:

"La llegada de la radiante misión Warren aumentó la pesadumbre de los argentinos. Ellos recordaban que Warren había ido a Bolivia en Mayo del año pasado a investigar el régimen del presidente Gualberto Villarroel, al cual el Departamento de Estado también había denunciado antes como fascista. Poco después el régimen de Villarroel era reconocido por los Estados Unidos. Los demócratas argentinos tenían que también sus militares, besados en la frente por Warren, continuarían indefinidamente en el poder. Poco después de la partida de Warren el gobierno confirmó sus temores arrestando unas 70 personas, incluyendo al ex presidente pro-aliado Arturo Rawson, a dos generales y a tres importantes periodistas.

"Pero hay un punto brillante en este lóbrego cuadro. En viaje hacia Buenos Aires se encuentra el astuto, alegre y rudo Spruille Braden, designado la semana pasada embajador de los Estados Unidos en la Argentina. Spruille Braden es un diplomático inusitadamente democrático. Cuando era embajador en Cuba, vigiló cómo el Hombre Fuerte de Cuba, el presidente Fulgencio Batista, permitía que un enemigo político ganara una elección limpia. La influencia de los Estados Unidos en Cuba es tan fuerte que Batista difícilmente habría actuado así, sin el patrocinio de Braden."

M. L.



paz debe suponer entonces, en primer término, la intención de ser solidarios en cierta unidad vital aceptada sin discusión, y luego —admitido ya este principio fundamental— el deseo también de organizarse dentro de esa solidaridad. Así cuando se trata de la aspiración a la paz por diversos grupos humanos —pongamos diversas naciones— que luchan entre sí, deben para lograr esa paz dejar, por lo pronto, como cosa indiscutible la unidad vital que en último término a todos los hermanos, en el supuesto caso que así sea, y sólo relegar a la solución que den las circunstancias, la razón, o la fuerza misma, los problemas del segundo plano, es decir los que se relacionan con el *lugar* que cada nación debería ocupar en el concierto general. En una guerra cuyos contendientes no renuncen un principio vigente que les sea común y con el cual todos sean solidarios, el *lugar* de la paz se hace más remoto; son éstas verdaderas luchas a muerte, guerras totales, fundadas o tratadas, por el contrario, de disputar cierta hegemonía o algo semejante entre naciones relacionadas por un principio común de civilización, las luchas, por más sangrientas que sean, son menos catastróficas. Alguien ha dicho que durante mucho tiempo las guerras europeas han sido guerras civiles, con lo cual se quiere afirmar, sin duda, que los contendientes aceptaban un principio de civilidad que les era común, y que consideraban anterior a los problemas debatidos. Este principio común de civilidad podía o no estar expresado en cierto momento por una palabra —la palabra del Pontífice— o por un cetro —el cetro del Emperador— pero

de cualquier manera se trataba de un principio vigente, de una determinada unidad vital en la que todos desean ser solidarios. Digamos de paso —a manera de digresión— que cuando esos signos, la palabra y el cetro, dejaron de ser eficaces para muchos, era porque el principio de vida que daba fuerza a esos signos comenzaba a morir en no pocos corazones.

Pues bien, frente al actual estado de cosas en el mundo y sin entrar a considerar especialmente en qué medida los pueblos y los hombres mismos que hoy luchan no sean solidarios en una determinada unidad vital, podremos sin embargo plantearnos algunos interrogantes relacionados con la posibilidad de una paz que para el sentir de muchos se encuentra ya muy próxima.

Preguntémosnos entonces: ¿existe hoy fidelidad a algún principio vital objetivo, de tal modo que sin ser puesto en discusión por nadie, sólo se requieran acuerdos de carácter secundario para solucionar el conflicto? Pero si por el contrario se desconoce la vigencia de un principio vital superior e inapelable, y por lo tanto, quienes luchan no admiten nada anterior a sus convicciones subjetivas, de modo que la paz ya no ha de establecerse sobre situaciones secundarias sino que debe resolverse respecto del fundamento mismo de toda convivencia y solidaridad, ¿de qué manera entonces y recorriendo a qué fuentes de vida podrán apaciguarse los ánimos de los contendientes? Ahora bien, y de un modo más explícito, ¿cabe otra manera de hacer la paz que no sea mediante la aceptación general de la unidad vital de la civilización cristiana, o por lo menos sobre la base de principios conciliables con la verdad católica, fuente de esa civilización? ¿Están los actuales factores de la paz dispuestos a reconocer como algo anterior a sus deliberaciones la existencia de la unidad vital católica, de modo que no sólo dejen de establecer cualquier otro fundamento a la sociedad humana, sino que también en las cuestiones de un orden secundario se trasunte sin tropiezo el respeto a las normas derivadas de la Revelación? ¿Puede afirmarse esto último si se tiene en cuenta lo que hasta la fecha ha salido de los labios de esos arquitectos de la paz, y la idiocineracia de los mismos, particularmente del comunismo ruso? ¿Cabe —repetimos— otra solidaridad que la fundada en la unidad vital de la civilización cristiana? ¿Cabe para un pueblo católico aceptar una situación de convivencia en donde no se tenga en cuenta para nada la unidad vital que lo informa y que es fuente de su actividad superior como pueblo civilizado? En fin ¿cabe otra solidaridad que la que se funda en el amor y en la cual a la aspiración solidaria por la paz deba unirse la convicción de una responsabilidad solidaria en la culpa? ¿Puede haber paz que no se funde en la solidaridad? ¿Una paz sin ese fundamento no sería acaso una tiránica imposición? ¿Una paz semejante no estaría fundada en el odio?

Estas y otras cuestiones que se desprenden del presente artículo, dejamos a consideración del lector.

JOSÉ MARÍA DE ESTRADA.



DEL SEÑOR

En el jardín de delicias. Cuando los discípulos esperaban oír de sus labios el anuncio de la restauración de Israel, es precisamente cuando El ascende al trono del Padre, dejando este mundo miserable al que no ha de volver sino el Día de los días, al final de los tiempos. ¡Alegrase nuestro corazón, puesto que nos ha procurado una Patria imperecedera y un tesoro en los Cielos, que jamás falta; a donde el ladrón no llega, ni roe la pollita! Bienvenidos los ultrajes, los azotes y los cuatro clavos de la Cruz; bienvenida las bellotas y la compañía desgraciable de los cerdos, que no podrán impedir el abrazo y el festín que el Padre tiene reservado para los elegidos. Bendito la fidelidad de Henoch y la pureza de Elijah; bendita y mil veces bendita la mansedumbre del Cordero que tan gratuitamente nos mereció la vida eterna.

Sigamos, pues, el consejo del Apóstol. Busquemos las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensemos en las cosas de arriba, no en las de la Tierra envapecida en el Pecado, en la Traición y en la Perfidia. Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios; roguemos entonces que cuando aparezca Cristo que es nuestra vida también nosotros le acompañemos en su Gloria.

SANTIAGO ESTRADA

LA CIVILIZACION Y LA MA

Santo Tomás ha expresado en forma profunda y definitiva las relaciones de la civilización con la Iglesia, cuando en el *Regimiento de los Principes* (L. I. C. 14.) escribe: "El fin de la muchedumbre asociada, es el vivir virtuosamente, pues que los hombres se unen en comunidad civil, a fin de obtener de ella protección para vivir bien, y el vivir bien para el hombre, no es otra cosa que vivir según la virtud. Mas este fin no puede ser absolutamente el último; puesto que el hombre, atendida el alma inmortal está destinado a la bienaventuranza eterna, y la sociedad instituida en provecho del hombre, no puede prescindir de aquello que es su bien supremo. No es, pues, el último fin de la vida humana la vida virtuosa sino el llegar por un medio de vida de virtudes a la felicidad sempiterna. Ahora bien, el que guía y conduce a la consecución de la eterna bienaventuranza, no es otro que Jesucristo, el cual encomendó este cuidado acá en la tierra, no a los principes seculares, sino al Sacerdocio por El instituido, y principalmente al Sumo Sacerdote, a su Vicario el Romano Pontífice. Luego al Sacerdocio cristiano, y principalmente al Romano Pontífice, deben estar subordinados todos los gobernantes civiles del pueblo cristiano; pues a aquel a quien pertenece el cuidado del fin último, deben estar subordinados aquellos a quienes pertenece el cuidado de los fines próximos o intermedios".

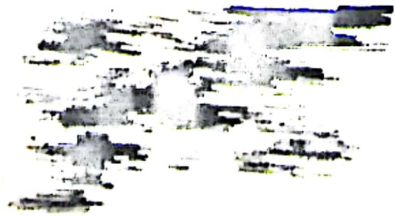
He aquí expresada en forma irrefragable, esta doctrina fundamental de toda auténtica civilización cristiana. Doctrina que, al fundarse en los principios profundos que rigen la vida de todo hombre en la presente economía en que ha sido colocado por Dios, guardan su valor en cualquier época de la era cristiana.

Las nuevas teorías respecto a la aplicación de este principio.

Lamennais fué el primer novador en esta materia. Partiendo del hecho que nos presenta la realidad de la vida moderna, en la que el hombre "pareciera" no aceptar tutelajes sino que aspirara a encontrar su felicidad temporal por el camino de la libertad, intentó crear una nueva filosofía política cristiana en que partiendo de esta realidad de la libertad se llegase, con la Iglesia y dentro de la Iglesia, a una nueva era, una "nueva cristiandad", en que independizados del yugo del hombre, conquistados por el poder de la verdad, los pueblos vengán, libremente a la Iglesia como "súbditos voluntarios" y, entonces, se realice: "la unidad progresiva del género humano, bajo una misma ley, en una misma sociedad que no alterarán las diferencias nacionales; la realeza temporal de Jesucristo por la liberación de los pueblos y la libertad de pensamiento y de conciencia; la separación absoluta, en lo que toca a sus respectivas jurisdicciones de la Iglesia y del Estado, del orden espiritual y del orden administrativo. Si algo más se puede desear ya no es de la tierra. *Fiet unum ovile et unus pastor...* Allí está el reino cuyo advenimiento nos ha enseñado a pedir Jesucristo..."

(*Ce que sera le catholicisme dans la société nouvelle*, L'Avenir, 30 junio 1831).

Conocemos cuál fuera el resultado de la tentativa de Lamennais. Gregorio XVI condenó en la "*Mirari Vos*" las llamadas libertades de perdicción y proclamó la doctrina tradicional, particularmente respecto al punto de la concordia de la Iglesia con el imperio. "Ni es más grato a la religión y al principado civil lo que podemos esperar de los deseos de aquellos que intentan separar la Iglesia y el Estado y romper la mutua concordia del sacerdocio con el imperio."



"Consta, en verdad, que los amadores de la falsa libertad se estremecieron ante la cordia, que siempre dió magníficos resultados, entre las cosas sagradas y civiles".

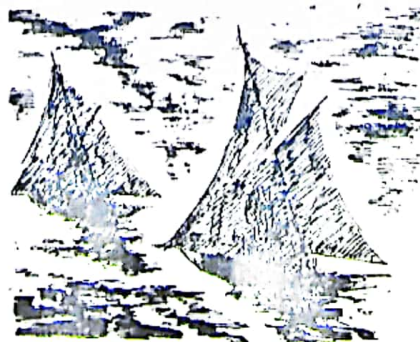
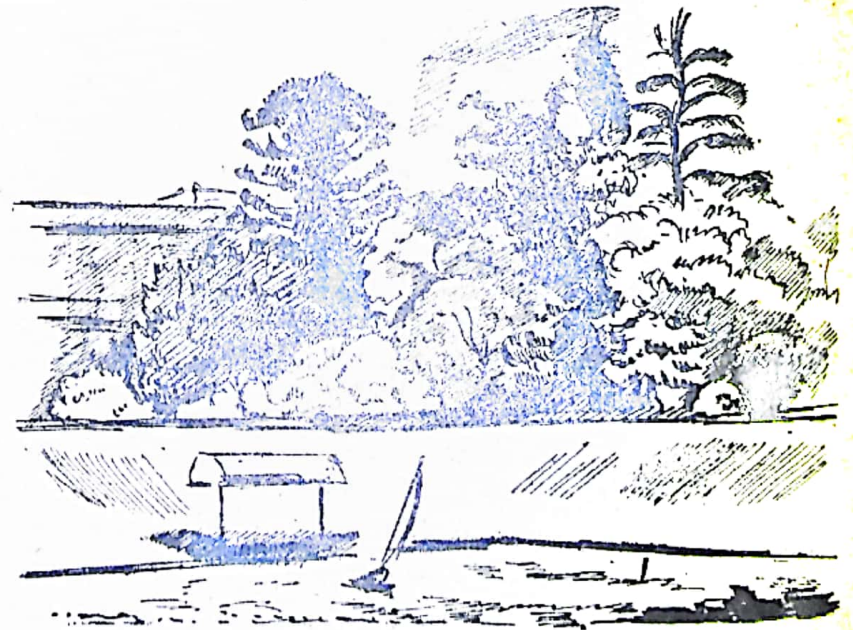
Después de la ruidosa condenación de Lamennais, aunque se practicó el liberalismo, nadie se atrevió a construir una teoría de "la Cristiandad por la libertad", hasta que Maritain, con mayor acopio de sutilezas y, en apariencia, más en la línea de la tradición tomista, inventó el ideal del Estado "laico" cristiano en oposición al concepto "sacro" de lo temporal, implícito en la dogmática tradicional de la Iglesia. Para justificar su propósito, Maritain afirmó antojadizamente — véase sino el párrafo, arriba citado de Santo Tomás — que la Edad Media no distinguió suficientemente los dos órdenes; que hizo de lo temporal, no un fin en sí, no una verdadera causa principal, aunque secundaria, sino un "puro medio", pura causa instrumental de lo espiritual; enseñó que el recurso a la noción tomista de la analogía puede autorizar la existencia de cristiandades, múltiples y esencialmente diversas, no obstante la unicidad de la Iglesia; que con el concepto de "inspiración cristiana" puede legitimarse todo cuanto lleve el sello de libertad y democracia aunque se hubiera movido contra la Santa Iglesia y contra los principios básicos del orden natural, como la Revolución Francesa y la Soviética; y con él, también, puede reprobarse, en cambio, cuanto estuviera sellado con la afirmación de los derechos

religiosos que vendría a estar colocada a la par de los otros cultos "no en una situación jurídica privilegiada, sino en un derecho cristiano igual". (*Los Derechos del Hombre*, pág. 46).

Apremiado Maritain por las claras enseñanzas de la Iglesia a este respecto y no queriendo ponerse en abierta oposición con ella, ha procurado refugiarse finalmente en la práctica observado por la Iglesia en los modernos concordatos, vada por la Iglesia en los modernos concordatos, como el celebrado con Portugal. Pero, como en seguida veremos, vanamente. Porque los concordatos no expresan el régimen jurídico que por derecho corresponde sino el que, por la impiedad de los hombres, es conveniente y posible en una sociedad. El concepto de Cristiandad, en cambio, debe elaborarse a la luz de los principios dogmáticos que prescriben lo que debe ser y no, de acuerdo a lo que, por la malicia de los hombres, generalmente es.

Explicación del liberalismo católico.

Tanto la teoría de Lamennais y la de Maritain como el fenómeno del liberalismo católico que, después de un siglo de existencia, lejos de dar señales de agotamiento parece revestir formas más virulentas y degradadas como la novísima del "comunismo católico", necesitan una explicación. Es evidente que este movimiento de los católicos liberales estudiado a la luz de los principios teológicos escapa — al decir del eminente



teólogo Billot — a toda clasificación y no tiene sino una sola nota distintiva y característica, es a saber, la nota de la perfecta y absoluta incoherencia; pero, por lo mismo, que es absolutamente incoherente, debe apoyarse en un hecho real que lo mantenga a pesar de todo.

Este hecho es precisamente la realidad concreta vivida que presentan hoy los pueblos. Sea por lo que fuere los pueblos están de tal suerte trabajados por cuatro siglos de rebelión que no quieren aceptar normas de conducta que signifiquen un patronazgo o tutelaje, de nadie, ni siquiera de la Iglesia. Este es un hecho real.

Frente a este hecho real ¿que hacer? ¿Decirles a los pueblos: Vuestra salud está en el reconocimiento y aceptación de la Concordia del Sacerdocio y del imperio? Imposible, contestan. Vamos a partir de Lamennais y Maritain. No, es una este hecho que si se lo valora bien, es una conquista y un progreso, y con él y por él vamos a llegar a la nueva cristiandad. La civilización cristiana no debe concebirse ya sobre la base tradicional de la concordia del Sacerdocio y del imperio, o sobre "el mito de la fuerza al servicio de Dios" como imaginaron en la infancia de nuestra era, nuestros padres en la fe. La civilización cristiana debe concebirse hoy sobre

de la autoridad aunque bajo el amparo de la Iglesia, como el Sacro Imperio de Carlomagno (a quien no deja de tachar de cesaropapista, *Problemas espirituales de una nueva cristiandad*, pág. 117, B. A.) y el gran esfuerzo de la España católica e imperial; todo ello para forjar una "nueva cristiandad" donde el imperio de la Libertad y Democracia anulara la supremacía de la Iglesia sobre lo temporal y aún la preeminencia de la misma Iglesia como Socie-

TERNIDAD DE LA IGLESIA

"el mito de la realización de la libertad" (Maritain, Du Régime temporel, 46 y 122) porque los pueblos han alcanzado conciencia de su propia personalidad y no quieren tolerar tutelas.

Como se ve, hay dos cosas en la teoría de Lamennais-Maritain. La una, el reconocimiento del hecho *moderno* y la otra, la valoración de este hecho. Respecto a lo primero nada tenemos que advertir. Creemos con Lamennais y Maritain que el hombre *moderno* ha tomado conciencia de la libertad y de la democracia como los supremos valores de la vida. (1)

Pero frente a este hecho se pueden formular dos juicios de valor diametralmente opuestos. El católico liberal y democristiano dirá: El hecho *moderno* es una conquista, un progreso y por su camino, desarrollando sus fecundas virtualidades, se llega a una era de felicidad que no puede ser mayor en la tierra. Es así que la Iglesia tiene en cuenta y trata de fecundar toda humana realidad. Luego la Iglesia, por este camino, va a realizar sus grandes y universales victorias. El católico tradicional dirá en cambio: El hecho *moderno* es fruto de un apartamiento de la Iglesia; por tanto es, en sí, malo y conduce de suyo, al reino del sufrimiento. Luego hay que extirparlo o al menos contrariarlo.

Dos medicamentos opuestos porque uno hace del hecho *moderno* una virtud y el otro un vicio, el uno, un estado de salud y el otro, de enfermedad.

tenden deducir. Este hecho ni autorizaría la alteración ni disminución de la necesidad de la supremacía de la Iglesia sobre lo temporal para salud de los pueblos ni una aplicación *esencialmente* nueva de esta doctrina. Porque la *norma de salud* que salva al hombre, y por ende a las civilizaciones, no es de origen terreno y entregada al arbitrio humano sino divina y permanece inmutable en la Santa Iglesia, en calidad de depósito, que no puede ser alterado ni disminuido o aumentado. Esta *norma de salud* como todo otro documento de la Revelación no puede ser descubierto como algo *nuevo* ni tener una aplicación valedera, *esencialmente* nueva, porque como enseñan los teólogos, la Revelación se ha cerrado definitivamente con la muerte del último Apóstol. Por esto Gregorio XVI condenaba a Lamennais con aquella sentencia del Papa Celestino a los Obispos de Francia: *La Iglesia Universal rechaza toda novedad.* (Mirari Vos).

Tan cierto es que la *norma de salud* de las civilizaciones está vinculada con la doctrina de la *universal jurisdicción de la Iglesia, directa en lo sacro, indirecta en lo temporal* que así lo señala Pío X en unas sapientísimas palabras de *Il fermo proposito*. "Así que la fuerza intrínseca de las cosas constituye, aún, de hecho, a la Iglesia en guardiana y vindicadora de la cristiana civilización; hecho reconocido y aclamado por otros siglos de la historia, que fué también el fundamento inquebrantable de las

La maternidad de la Iglesia.

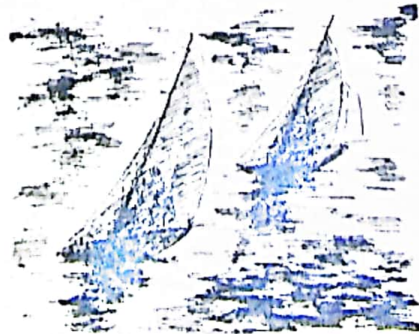
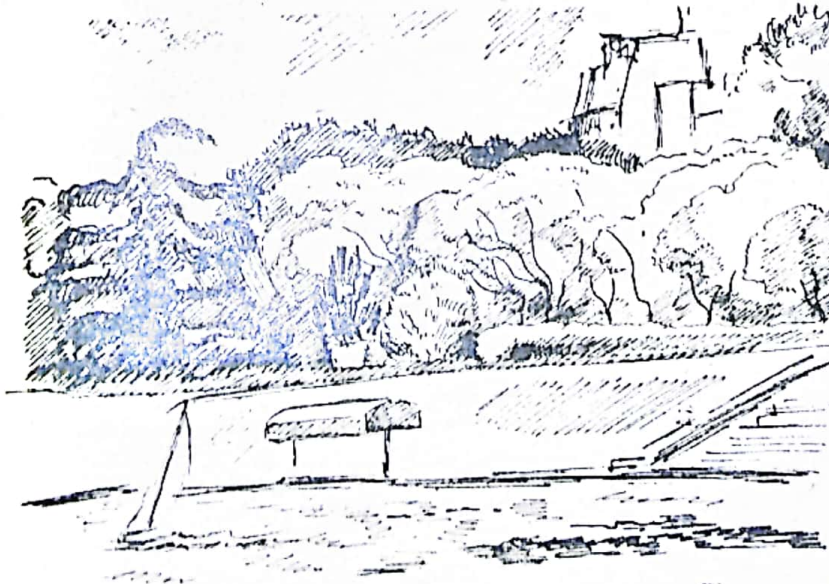
El hecho *moderno* es real; pero tanto su valoración como las consecuencias que de su realidad pretenden sacar Lamennais y Maritain no corresponden. Entonces ¿qué? ¿Quedarán los pueblos sin salud o se les querrá aplicar *velis nolis* la doctrina integral, medicamento tan difícil de tolerar para sus estómagos enfermos que la rechazan, que les ha de producir mortal convulsión?

He aquí algo digno de ser meditado. De que la *concordia del sacerdocio y del imperio* sea la única salud para los pueblos no se sigue que debe ser aplicada, en su plenitud, siempre y en todas partes. Como en todas las realidades de la vida práctica, la prudencia que es una virtud cardinal, del entendimiento práctico, debe presidir su aplicación que dependerá de condiciones concretas que deben ser tenidas cuidadosamente en cuenta. Pero entiéndese bien: el remedio es el mismo; su aplicación *cualitativamente* la misma; sólo podrá variar su aplicación *cuantitativa*, el más o el menos, la dosis, si es lícito hablar con términos materiales de remedio tan altamente espiritual y divino.

Tal es el proceder de la Iglesia, a través de los siglos de lucha, en que la dureza y rebeldía de los hombres no la han hecho jamás perder el sentido de la *misericordia* de Aquel que "teniendo cien ovejas y habiendo perdido una, dejó las noventa y nueve y va en busca de aquella hasta encontrarla" (San Lucas, XV).

Estas entrañas de misericordia de la Santa Madre Iglesia son particularmente sensibles en toda la historia *moderna*. La Iglesia que mantiene inflexible su irreductibilidad frente a la *civilización moderna* (Proposición 30 del *Syllabus*), no deja, al día siguiente de la impía Revolución Francesa, de aceptar el Concordato, celebrado con Napoleón, a pesar de la mengua que en él sufren sus inviolables derechos. Con ello no hace sino aceptar una situación impía, pero dolorosamente real, que le permite, con todo, reiniciar la sanación de la noble nación francesa mediante algunos pocos nexos que permiten hacer llegar hasta ella su divina influencia. La exigencia de la aplicación integral del Derecho canónico, lejos de ser saludable a un pueblo, así irritado y convulsionado, habría servido para irritarle aún más y hacer más imposible su salud.

Pero de que la prudencia aconseje y aún prescriba, frente a casos particulares— la prudencia siempre regula lo particular— una aplicación restringida de aquella divina norma de salud que constituye la plenitud de la civilización, no autoriza a nadie a erigir esa deficiente aplicación en norma universal y en ideal que ha de constituir la "nueva Cristiandad". De aquí que sería gravísimo error invocar las cláusulas de un Concordato para establecer la medida que puede y debe alcanzar la Iglesia en la plenitud de la civilización cristiana. En este error incurrir Maritain en su respuesta al Canónigo Arturo Pérez, de Santiago de Chile. Precisamente, la advertencia preliminar que formulan los teólogos al iniciar el estudio de los "Concordatos" es que la causa que les dió origen fué el decrecimiento de la Fe y la disminución consiguiente y aún el rechazo de los principios dogmáticos que regulan las relaciones de los Estados con la Iglesia. En la Edad Media ni hubo Concordatos ni hicieron falta, toda vez que tenía fuerza y vigor por todas partes la ley universal de la Iglesia. Pero al concluir la Edad Media y al comenzar la moderna se celebró el primer concordato, en sentido propio, entre León X y Francisco I, Rey de Francia, al que siguieron luego otros muchos,



¿Cuál de los dos juicios de valor es el verdadero? ¿El hecho *moderno* — en cuanto tal — es un bien o un mal? La respuesta nos la debe dar la misma Iglesia. ¿Qué nos dice Ella por boca de su Vicario? Y he aquí que desde Pío VI que condenó la Revolución Francesa y anatematizó las causas que la produjeran en aquella impresionante abiección que reproducimos no hace mucho en nuestras páginas hasta Pío IX en el *Syllabus* y de éste hasta Pío XII gloriosamente reinante, todos los Pontífices reconocen el estado de regresión a que han conducido al hombre las libertades de perdición. Dice el *Syllabus* en la proposición 30: "El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y la civilización moderna". Y Pío XII en *Summi Pontificatus*, después de exponer las tinieblas que se extendieron por la tierra al substraer a la influencia de la Iglesia las naciones otrora cristianas, añade: "hablaban de progreso cuando retrocedían; de elevación cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban".

Pero supongamos, por vía de pura hipótesis, que el hecho *moderno* tuviera el valor que quieren asignarle los católicos liberales. Ni aún entonces serían legítimas las consecuencias que pre-

"legislaciones civiles". Y aquí adviértase bien como prosigue: "En este hecho estribaron las relaciones entre la Iglesia y los Estados, el público acatamiento de la autoridad de la Iglesia en todo cuanto de algún modo toca a la conciencia, el rendimiento de todas las leyes de los Estados a las divinas leyes del Evangelio, la consonancia de entrambas potestades, del Estado y de la Iglesia, de procurar de tal modo el bien temporal de los pueblos, que el eterno no padeciera quebranto".

IDEOLOGIA Y REALIDAD EN LA HISTORIA ARGENTINA



—sencilla hoy la manera corriente de regular estas relaciones.

Por esto, León XIII en *Inmortale Dei* después de resumir la doctrina común y universal de las relaciones de la temporal con lo espiritual —de la Iglesia y los Estados— añade estas sabias palabras: "No obstante, a veces acontece —que por necesidad de los tiempos pueda convenir otro género de concordia que asegure la paz y la libertad de entrambas; por ejemplo, cuando los gobiernos y el Romano Pontífice se avengan sobre alguna cosa particular. En estos casos, bastas pruebas tiene dadas la Iglesia de su bondad maternal, llevada tan lejos como le ha sido posible la indulgencia y la facultad de acomodamiento".

La Concordia de la Iglesia y del imperio, salud de los pueblos.

No dejemos de reconocer que en el celo, bien inspirado, de muchos gobernantes y católicos que quisieran la aplicación inmediata de las leyes integrales de la Iglesia, puede esconderse mucha imprudencia que lejos de traer bienes puede apartar grandes males, dada la impiedad reinante.

Recientes hechos, acaecidos entre nosotros declaran cuán viciada, desgraciadamente, sea esta observación. Por esto hay que reservar al criterio del Romano Pontífice y al de los obispos diocesanos, para sus respectivos territorios, la aplicación de los derechos que corresponden a la Iglesia y que la impiedad ha rechazado. Disposiciones muy buenas en sí, como las referentes a la enseñanza religiosa y al matrimonio podrían no ser oportunas en determinadas circunstancias. De ello vean los que tienen misión y obligación de ver.

Pero es cierto, certísimo que los esfuerzos de aquellos que sinceramente buscan la salvación de los pueblos se han de encaminar a procurar, en la medida que la prudencia lo señala, acer-

car los pueblos a aquel ideal de "la concordia del sacerdocio y del imperio" enseñado constantemente por la Iglesia. Vana *disión* la de aquellos que ponen este ideal en el régimen de libertad imperante en algunas naciones, como p. ej. Estados Unidos. El mismo León XIII, en un Documento importante, poco conocido, la *Lounginqua Oceani*, dirigida a los obispos de Norteamérica, dice así: "Entre vosotros en efecto, gracias a la buena constitución del Estado, no estando la Iglesia obstaculizada por las leyes civiles, sino más bien defendida contra la violencia por el derecho común y la equidad de los juicios, ha obtenido la segura libertad de vivir y actuar sin obstáculo. Aunque sean exactas estas observaciones, hay que guardarse del error, de querer concluir de aquí que sea este el modelo de la mejor situación de la Iglesia, o que es siempre permitido y útil separar o disociar, como en América, los intereses de la Iglesia y del Estado."

"En efecto, si la religión católica entre vosotros ha obtenido honor, prosperidad y acrecentamiento, hay que atribuirlo enteramente a la fecundidad divina, de que goza la Iglesia, que cuando nadie se opone a Ella, y la obstaculiza, se extiende por sí misma y se difunde; pero cuántos más fecundos frutos produciría, si, además de la libertad tuviera el favor de las leyes y la protección de los poderes públicos."

JULIO MEYVILLE.

(1) El vicio insanable del "hecho moderno" radica precisamente en que hace de la "libertad y de la democracia" los valores supremos, a lo cual debe condicionarse el resto de valores. Allí está el vicio; y allí está la contradicción del catolicismo liberal. Porque para el liberal los supremos valores son la libertad y la democracia, mientras que para el catolicismo el supremo valor es la Iglesia, heredera de las Promesas divinas. Para el catolicismo, la libertad y la democracia son aceptables mientras sean compatibles con la Iglesia, valor supremo. Por esto la Iglesia, y nosotros con Ella no estamos contra la libertad y la democracia. Pero sí estamos contra la libertad y la democracia modernas.

Las consideraciones escritas alrededor del tema: "Clase dirigente y Estado", publicadas en el número 32 de esta revista, son aplicables —*mutatis mutandis*— a la realidad argentina. La idea que ahora vamos a exponer aquí, y que trataremos de sondear de entre los hechos tan simples como mal interpretados de nuestra historia, consiste en mostrar —en mostrar, demostrando— que, ideologías aparte, y enfocadas las cosas en un cuadro de equivalencias analógicas, el papel que entre nosotros representan los núcleos rectores de la vida pública en el período que se extiende desde la organización nacional hasta el advenimiento del radicalismo en 1916, es semejante al que en Europa desempeñaron las viejas aristocracias. Al radicalismo corresponde, en cambio, con el retraso consiguiente a estas latitudes históricas, la misión destructora del orden social tradicional, que por su parte llevara a cabo en Europa la moderna democracia igualitaria.

Pero, insistimos, quede bien claro que al referirnos a nuestras cosas abandonamos por eso mismo las grandes rutas históricas, para cechar a andar por senderos poco conocidos y apenas diseñados. Es, sin embargo, de la esencia de todo hecho histórico básico, que no obstante las distintas formas temporales y espaciales que adopte —sus distintas epifanías— pueda ser asignar análogo sentido permanente; circunstancia ésta que configura lo que se ha dado en denominar "constantes históricas".

Pues bien, ideologías aparte decíamos, y dentro de los límites recién trazados, es incuestionable que en el período que se extiende desde la organización nacional hasta el advenimiento del radicalismo en 1916, la Argentina, cuya población —no hay que olvidarlo— se multiplica por seis y por mucho más sus riquezas y posibilidades económicas, hallase gobernada por una clase dirigente civil que ostenta —en proporción al momento histórico y al medio americano— todos los requisitos de tal. Entre el Estado, todavía incipiente y vacilante, y la sociedad o pueblo nacional, existía, encajado de modo orgánico en éste, el concreto empalme de unas minorías rectoras; estas últimas, a su vez, arraigadas en los viejos cuadros sociales del pasado colonial.

Con lo dicho hasta, por el momento, a nuestro propósito. No haremos, por lo tanto, contabilidad minuciosa de las deficiencias y de los errores ideológicos de que adolecieron los hombres representativos de nuestro "ancien régime". Es suficiente con que el lector acepte —y no puede menos de hacerlo— que esos hombres: políticos, magistrados, juriscónsultos, profesores, altos jefes del ejército, e incluidas también las personas que no desempeñaban otro magisterio que el de sus buenas maneras y costumbres, eran representativos —legítimamente representativos— de la sociedad que supo exaltarlos a sus altas dignidades.

En el período histórico anterior al que ahora consideramos, cabe distinguir, a su vez, dos momentos distintos: el que se extiende desde la Revolución de Mayo hasta el primer gobierno de Rosas, y el que va desde este último hasta la organización nacional.

A la etapa de nuestra independencia hay que integrarla, si se la quiere mirar fríamente —sin el ministerio engañoso de la enseñanza oficial— en un proceso histórico más amplio: el de la desmembración colonial española; circunstancia ésta última que hace de las guerras por la independencia americana, guerras civiles entre colonias y metrópolis. A lo cual debe sumarse el impulso artero que a los insurgentes venía del imperalismo comercial inglés, entonces recién en auge, y que disfrazado de revolucionario —gorro frigio y cara de mujer— fue habilísimo instigador de la independencia americana (1).

En esta etapa no hay todavía rasgos suficientemente acusados que distingan a la sociedad nacional de la que algunos años antes era —y se sentía— española.

El segundo momento, al que tipifica sobre todo Rosas, tiene el significado de una defensa instintiva y empírica frente al proceso disgregador, que, como es lógico, se opera a raíz de nuestra brusca desmembración de España. Rosas es — nada más, nada menos — el político que con brazo energético y visión realista impide la desintegración territorial — y, por ende, espiritual también — del país como consecuencia de haber los argentinos quebrado — sin plan alguno serio que la sustituyera — la vieja estructura colonial metropolitana. Durante la época de Rosas y dos lustros después, los argentinos están demasiado divididos para que pueda hablarse de una sociedad nacional homogénea.

Pero hecha la anterior digresión, volvamos a nuestro punto de partida, y repitamos que quienquiera sepa algo lo que fue este país entre el último tercio del siglo XIX y el advenimiento de D. Hipólito Yrigoyen, deberá reconocer con nosotros que más allá de deficiencias y errores, y hasta más allá de abusos y demasías políticas, entre el pueblo nacional y sus clases altas existía real — y cordial — comunicación; y que sólo siguiendo la línea de nuestros argumentos resultan no asimilables la época anterior y la posterior al auge del radicalismo. Porque se necesita haber perdido toda especie de sensibilidad estimativa para no advertir, pongamos por caso, la distancia infinita que media entre D. Bernardo de Irigoyen — ministro radical de los viejos tiempos — y el Dr. Horacio Oyandarte, ministro radical personalista. Y nada importa la coincidencia en la letra, suponiendo que exista, y no está el autor de estas notas en condiciones de pronunciarse al respecto — del acuerdo ideológico de ambos. Con el agregado, para confusión de todos los esquentameros históricos, que la clase dirigente argentina posterior a Rosas es en su mayor parte de procedencia militar.

Acusar hoy, por lo tanto, a esos tiempos y gentes, como se ha hecho desde las más altas magistraturas públicas y desde algunos sectores nacionalistas, de negligencia culpable en materia de reformas sociales y obreras es cosa desprovista en absoluto de sentido. Diga cada uno lo que le venga en gana — en pena y en personal provecho — pero en tiempos de la llamada oligarquía estaba entera y en potencia la gran tarea a realizar la sociedad argentina. Lo demás: su liberalismo ideológico, su tendencia colonialista, su desidia en materia de leyes sociales, su — acaso — falta de alerta sensibilidad nacional, con ser cosas importantes e imputables en cierto modo — no totalmente — a esos tiempos y gentes, tienen menos trascendencia negativa que lo que positivamente — esos tiempos y gentes — representaron.

Tal estado — que llamaremos orgánico — de cosas se prolonga, puede decirse, hasta 1916. Algunos años antes, como no podía menos de serlo, se advierten en sutomas larvados de declinación en nuestras clases rectoras del "idealismo sentimental" del presidente Sáenz Peña, por ejemplo, que acabará entregando en bandeja el instrumento político — la ley de sufragio universal — con que el radicalismo llegará al poder. Pero es el triunfo electoral del radicalismo el que los hace pasar de la potencia al acto. De ahí que la famosa popularidad del señor Irigoyen se nutriese precisamente de lo que en su partido era más negativo: de su resentimiento social. De su resentimiento social, obsecrase bien, y no de sus ausentes designios políticos. Políticamente hablando no había ninguna diferencia entre el liberalismo de radicales y conservadores. Es el hecho social que era el radicalismo el que con su triunfo, hizo del todo visible la vacancia en la sociedad argentina del lugar hasta entonces ocupado por nuestras viejas clases dirigentes. Así, y no de otro modo, fueron las cosas. Y quien se empeña en no verlas desde tal ángulo, nada entenderá de lo acontecido en la Argentina desde 1916 hasta nuestros días, vale decir, en el período más crítico de su historia.

El proceso posterior al empujamiento y hegemonía radicales, es demasiado conocido y está assez entresacado con lo que ahora acontece para que en su consideración distraigamos por más tiempo la atención del lector. La revolución militar — la del 1 de Junio — pongamos por caso, sólo se explica y adquiere sentido — un sentido que es su contradicción — a la luz — si la tuvie-



— se las anteriores consideraciones. Es cierto, sin embargo, que la revolución, de ser mínimamente lucida, de adecuarse siquiera sea en una mínima proporción a las circunstancias reales que la engendraron, hubiera podido, sin violencias de ninguna especie, dar lugar a que, por lo menos, la vida argentina se encaminase hacia su quicio normal. En este sentido, predecir el giro que por estos días ha tomado la Revolución de Junio no podía estar en los libros de nadie. La ocasión — esa cosa casi divina que es la ocasión propicia — los militares la tuvieron y la malbarataron. Y hoy la vida argentina es más confusa y crítica que no lo ha sido nunca. No lo declinamos, conste, por un calculado afán de encontrar culpas. A nosotros, a los hombres que escribimos en "Nuestro Tiempo", no nos mueve ninguna táctica, ningún maquiavelismo político. Por eso podemos lealmente decir que no hay acto, iniciativa, anecdota del gobierno revolucionario que no proclame a gritos la verdad actual del país: su descompartimiento, su división, su pobreza espiritual, y el estado de bronco antagonismo en que se mueven y están los distintos sectores nacionales. Ante panorama tan oscuro, se dirá: ¿toda esperanza fundada es, pues, utopía? Creemos que no. Creemos, no obstante lo dicho, y como la mejor sabiduría histórica enseña, que los errores y deficiencias del pasado sirven por lo menos — y no es poca cosa — para no volver a incurrir en ellos. La crisis social que se hace patente con el radicalismo y alcanza en la Revolución de Junio el punto más alto de su curva febril, ha dado ya de sí todo lo que virtual y negativamente contiene. Ahora incumbe a todos tener claridad sobre la que es actualmente la Argentina. En efecto, como nunca en épocas pasadas, pueden hoy los argentinos saber a qué atenerse. Interponer nuevas — o renovadas — ideologías de derecha, de izquierda o del medio — entre la realidad tal cual es y su percepción, sería, por lo tanto, estupidez irreparable. A la vista de todos está una grande tarea reparadora:

grande, que no desmesurada; ni tampoco desahogada; ni mucho menos desahogada. Una tarea cuya norma primera y esencial fuese la discreción; una lucida, enismada, agresiva discreción. Una discreción a lo Graciano.

En los decisivos años que aun esperan al planeta Tierra, no habrá lugar decente para la Argentina — para la Argentina como tal Argentina, se entiende, porque no nos referimos aquí a ninguna conferencia internacional — si antes no logra en ella la reestructuración jerárquica de sus energías sociales. A nuestro todavía joven nacionalismo — y con esta palabra queremos significar simplemente el sentir vivo de la nacionalidad — (la sensibilidad para lo nacional había casi desaparecido de nuestro país hasta que hizo su aparición el movimiento nacionalista) le incumbe la tarea ardua y altísima — impopular, por cierto — de hacer posible la formación en todos los órdenes de la vida argentina de nuevas minorías rectoras. Si tal finalidad no fuese alcanzada, de nada habría servido al nacionalismo sus intransigencias ideológicas; de nada la incuestionable razón histórica que — todavía — le asiste. Y suponiendo que antes de haber revisado y replanteado muchas de sus actuales posiciones, le fuese dado al nacionalismo ocupar el poder, tal cosa no pasaría de ser una forma más de "peludismo de estado", como agudamente bautizara un redactor de "Nuestro Tiempo" a la primera etapa — por algunos considerada nacionalista — de la Revolución de Junio.

MÁXIMO ERICICOPAR.

(1) Así se ve, pues, que la Independencia de América, que mirada desde aquí, aparece como un hecho primero e inicial, mirada desde España, no es sino etapa final y negativa. Y no se crea que esta distinción — perniciosa, en tal — es ociosa. No. Tiene más alcance de lo que al pronto parece. En efecto, los que han optado por el primer punto de vista — cuya claridad positivista y hasta necesidad política circunstancial es indubitable — han pretendido en lógica — pero no histórica — consecuencia separar América de su pasado español. Desde la segunda perspectiva, en cambio — y sólo desde ella — es posible entenderse históricamente y culturalmente sobre América.

Tener abuelos. — "De la necesidad de tener abuelos", podría llamarse un capítulo de algún libro a pensar acerca de las condiciones requeridas para no equivocarse sobre el país y, por tanto, para dirigirlo con acierto. Naturalmente, tener abuelos que hayan mandado y de cuyo mando —no importa si bueno o malo— se transmitiese, recogida en la vida secreta de la sangre, la familiaridad con el poder.

Claro, la familiaridad con el poder no es lo mismo que la experiencia del poder. Lo primero es un hábito y lo otro una práctica. El hábito se fija en quien lo posea, sin previo ejercicio alguno, por vía de distinción congénita. La experiencia, en cambio, es una adquisición personal, resultante de una lucha, tan cruel, que estropea. Además, para ser provechosa requiere regular dosis de talento, lo que no sucede con el hábito, específico don gracioso de los dioses del hogar, como las enfermedades hereditarias.

Este argumento —del hábito menos y más común que la experiencia— es el mejor que se haya esgrimido en pro de las monarquías. Por eso huele a rancio.

Bien dicho, pero nunca está demás tener abuelos. A muchos generales les falta el tener abuelos hijos del país, se entiende.

Gobierno fascista. — Mucha gente rotunda afirma que nuestro gobierno, es decir, el gobierno este del 4 de junio, es fascista. No estamos nada de acuerdo con esta manera de comprender el fascismo. A través de un juego significativo de palabras, computamos, por ejemplo, la infinita desproporción que sigue:

El fascismo es en la historia universal del Estado una fecha cierta de éxito, bajo condición suspensiva. Por el contrario, en la contramarcha de los sucesos argentinos, el 4 de junio es una fecha por demás incierta de éxito, bajo condición resolutoria, la cual se cumple en detrimento del país.

Y esto lo decimos así con disentible claridad, para que no vaya a entender esa gente que habla mientras nosotros callamos, cabizbajos, en trance de somnolientos como repite César Pico. Pero debiéramos agregar que lo que más se parece a la Secretaría de Trabajo y Previsión es el "New Deal" de Roosevelt.

La teoría del balón de oxígeno. — Es una teoría casi política en la que la parte química

VIDA Y MILAGROS

sólo sirve de instrumental. Es mía: la formuló así: el reconocimiento diplomático ha salvado al Gobierno de la asfixia proporcionándole para respirar un balón de oxígeno. Pero como el Gobierno empobreció muy rápido el aire ambiente, el auxilio artificial no alcanza para una verdadera mejoría continua.

Además, el enfermo confunde el balón suministrado, con la ventana abierta donde se respira sin un límite. Y por eso se empacha con el oxígeno de la botica en vez de tomar ejemplo de cómo los naufragos administran sus gotas de agua dulce en el desamparo del extenso mar.

Estas teorías —toda teoría— siempre son hipótesis o sea que siempre están por debajo de su tesis.

Enfíos. — He leído en los diarios, que informan bien sobre todo lo malo, que a las puertas de Berlín los artilleros rusos disparaban unas bombas confeccionadas por inspiración amable de mujer con cuyos siniestros a nombre de Hitler, de Goering y de Goebbels indicando, además, sus respectivos domicilios.

De pronto se me ha ocurrido referir a aquel mundo gigante, el escaso mundo nuestro y ponerme a pensar en las próximas posibles bombas que los rusos de por acá dedicarán a estos nazis honorarios que somos. Ahora bien, como nuestra notoriedad no es tanta los tales rusos van a tener que informarse de todos cuantos somos y de nuestros modestos domicilios.

Y se han de sentir dispuestos a suministrar esta información los católicos cristianos que hoy oyen misa con nosotros.

Sólo por no darles con el gusto a estos muchachos amantes de la persona humana, desde ahora, por si acaso, advertimos a los rojos que estamos aquí sus encargos, reducidos a "Nuestro Tiempo" en donde pueden enterarse de nuestros nombres y apellidos.

Fijir a la derecha. — Ante un copetudo grupo de señoras buenas, en fin, si no tan buenas, encuñélas si de la violencia, intenté condolerme por la injusta suerte de Alemania. No pude seguir adelante. Las señoras, casi literalmente saltaron sobre mí con todo género de

antirrazones. También para ellas, mujeres bien nacidas, Alemania merece este reclutamiento de odios organizado por los vencedores.

Para cortar la discusión no comenzada, yo digo: —pero, ustedes ignoran todo, ignoran lo que se juega y lo que se pierde en esta guerra y por eso coinciden con los rusos.

—El nazismo, repite una, es un horror, el enemigo del orden civilizado, es el verdadero comunismo.

Esta vez sintiendo una gran añoranza por los abuelos, resuelto hablar en voz alta para mis adentros: —lo que pasa es que, ustedes señoras conservadoras de la nada, ya no saben vivir en la derecha.

Me miraron entonces con esa mirada larga, lenta y convexa de las vacas que al fondo deja reflejar el pastizal.

La masa en la cabeza. — Al otro día, otro encuentro. Asimismo, eficaz como prueba del fin del mundo o, por lo menos, de la confusión de las lenguas.

Fué con el "chauffeur" de un taxímetro. El "chauffeur" empezó asegurándose, en respuesta a una pregunta imaginaria, que la ciudad estaba tranquila según había podido comprobarlo ese día, día de alarmas y rumores, por supuesto. La conversación, siempre a su cargo, tomó enseguida un sesgo bélico a propósito de la caída de Berlín. Yo interrumpo en esta parte para declarar mi admiración por la tenaz resistencia.

—Pá! Es una resistencia inútil, sin objeto porque no se puede luchar contra el mundo.

—Bueno, pero el valor nunca es inútil, ni tampoco los sacrificios por la patria.

—Bah! Pá! Para mí eso ya no es valor, eso es pura cobardía.

Juzgué indicado el momento para empezar a odiar cordialmente a mi conductor-interlocutor.

Morabjar! ¿Lo que puede la rebelión de las masas cuando se instala en la cabeza!

"Platero y yo". — Platero y yo dice, como el dulce poeta, aunque él ni dulce ni agrio, sólo sin gusto el Coronel Pékón.

Llevado de nueva curiosidad abro el libro y leo justamente de Juan Ramón Jiménez: "Nos entendemos bien. Yo lo dejo ir a su antojo y él me lleva siempre adonde quiero..."

—Andá, Platero..."

SANSOYO



LA REDONDEZ DE LA TIERRA

¡Ah, Renán: te fuiste de Bretaña para presentarte ante el Partenón. El escultor educado por los griegos viene del Partenón a Chartres a adorar la Catedral!

ROBIN.

Entre otros autores, me gusta mucho Manuel de Falla, aun cuando no es de mi época. Pero admiro su espíritu profundamente religioso, y esto me place, porque con la fe se hacen grandes obras. Cuando la República se instaló en España, Falla fue designado ciudadano honorario de Granada, y considerando que un pueblo que incendiaba conventos e iglesias era un pueblo sacrilego, respondí: "Yo creo en Cristo; por tanto no acepto tal distinción". Es hermoso, ¿verdad? Y lo encuentro hermoso porque el ma-

terialismo es una cosa que está muy lejos de mí. Es la razón que me ha impedido volver a mi patria. Dar su vida por un paraíso material, lo encuentro indigno del hombre; en cambio, me explico perfectamente el ideal que anima el espíritu de las Cruzadas, por ejemplo.

IGOR STRAWINSKY.

El pensamiento de Rousseau, después de haber engendrado el bagaje ideológico de la Revolución, continuó ejerciendo su maléfica influencia sobre los más de los escritores de la Restauración que se creían católicos y monárquicos. Chateaubriand, ministro que fue de Luis XVIII y que tanto daño hizo a la Monarquía, Senancourt, Md. de Staël, Beranger, y también el Lamartine y el Victor Hugo de sus épocas ju-

veniles católicas y monárquicas. Llegaban dentro el gusano roedor que, minando las bases de la Religión y del Trono que tanto decían orar, había de dar por resultado un ambiente favorable a la revolución de 1830. Sordamente, sin que los ciegos gobiernos de la Restauración prestaran la atención debida, los literatos, y tras ellos la opinión pública, se habían pasado a la revolución, revolución, es verdad, sin guillotina ni terror, pero mucho más grave que ella y de consecuencias más definitivas. Contra la guillotina y el hacha los pueblos, tarde o temprano, reaccionan; pero contra el veneno social no hay modo de combatir, ya que cuando se quiere luchar contra el todo el organismo se encuentra empesado.

ELENIÓ VEGAS LATARÉ